

razón, en su prólogo, que “la biografía de Fray Juan de Zumárraga, publicada en 1881, cuando su autor, don Joaquín García Icazbalceta, estaba en la plenitud de sus facultades, es probablemente la obra más personal y característica del erudito mexicano”. En efecto, esas excepcionales dotes quedan bien delineadas por el fino prologuista de la nueva edición, que en las catorce páginas de su estudio traza el perfil de Zumárraga, a quien sitúa concisamente en su época. Señala, por otra parte, con debido elogio las notables cualidades de García Icazbalceta, aunque apuntando, al mismo tiempo, los límites que lo detuvieron y que posteriores indagaciones han rebasado en lo documental, sin disminuir en nada sus grandes méritos de iniciador.

Por último, Castro Leal señala las características de esta nueva edición: explica cuál fué su plan primero y cuál el definitivo, qué contenido documental se ha utilizado y en qué forma, y agrega, en fin, un cuidadoso y preciso resumen de la biografía de García Icazbalceta y su bibliografía.

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS.

JUSTO GARCÍA SORIANO, *Los dos « don Quijotes »*. Investigaciones acerca de la génesis de «El ingenioso hidalgo» y de quién pudo ser Avellaneda. Toledo, 1944, 292 págs. numeradas.

Las ideas de García Soriano sobre la génesis del *Quijote* se condensan en este párrafo (pág. 128): “puede . . . tenerse por seguro que en el ambiente toledano y con ocasión de los rozamientos y piques que existían entre Miguel de Cervantes y Lope de Vega, se engendró primeramente *Don Quijote de la Mancha el bueno*”.

Si tenemos en cuenta que el primitivo *Quijote* no llega más allá del capítulo VII, que es hasta donde alcanza la influencia del *Entremés de los romances*¹, se nos hace un poco difícil de creer que la inmortal novela nació por rencillas de poco más o menos entre su autor y Lope, en especial si recordamos que en estos primeros capítulos es imposible encontrar alusión, halagüeña o despectiva, al Fénix. Que en el resto de la novela —en especial en el prólogo y versos preliminares— zahirió a gusto, aunque embozadamente, a Lope, eso nadie lo niega, pero no queda así explicada de manera alguna la gestación del *Quijote*.

La crítica de García Soriano en lo que concierne a las relaciones entre Lope y Cervantes en sin duda superficial (capítulo XIII de la primera parte en adelante). La amistad entre ambos ingenios se entabló, posiblemente, por las buenas relaciones que unían a Cervantes con Jerónimo Velázquez y su mujer, padres de Elena Osorio, amante de Lope. Esto ya había sido apuntado por la crítica hace tiempo. García Soriano supone, con autor tan poco serio como Miguel Santos Oliver², que la amistad entre ambos escritores se rompió en el propio Madrid, hacia 1585. Esto está en contra de lo ya establecido por varios eruditos: nada nos ayuda a suponer —al menos juzgando los textos con espíritu imparcial— que las relaciones entre Cervantes y Lope se enfriaron antes del viaje de éste a Sevilla hacia 1600, y así lo han explicado, entre otros, Francisco Rodríguez Marín³ y Agustín González de Amezúa⁴. En general,

¹ Así lo demostró don Ramón Menéndez Pidal, *Un aspecto en la elaboración del “Quijote”* (cito por la edición de Buenos Aires, 1940, en *De Cervantes y Lope de Vega*) y así lo han aceptado los autores posteriores.

² *Vida y semblanza de Miguel de Cervantes*, Barcelona, 1916. “Documentadísimo libro”, lo llama García Soriano (pág. 98).

³ Edición crítica de *Rinconete y Cortadillo*, Sevilla, 1905, pág. 165 y sig.

⁴ *Lope de Vega en sus cartas*. Introducción al epistolario de Lope de Vega Carpio, II, Madrid, 1940, pág. 100 y sig.

para todo este capítulo de las biografías de Lope y de Cervantes, García Soriano se deja llevar por la pasión y obliga a los hechos a encajar en su esquema preconcebido.

Un interesante punto de estudio suscita el autor aduciendo (págs. 76-78) un nuevo texto acerca de la patria de Camila Lucinda (Micaela de Luján). La Barrera, aunque con poca claridad, afirmó que Micaela era manchega (*Nueva biografía*, pág. 97). Como tal se la reputó desde entonces, hasta que José María de Cossío (*La patria de Micaela de Luján*, en *RFE*, 1928, xv, págs. 379-381), en presencia de un explícito texto de una comedia de Lope, *Los esclavos libres*, afirmó que era montañesa. García Soriano aduce otro texto: la epístola de Lope "Serrana hermosa" (*Bibl. Aut. Esp.*, xxxviii, pág. 430), que dice así:

Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño
 en tres veces que el sol me vió tan triste,
 a la aspereza de un lugar pequeño,
 a quien de murtas y peñascos viste
 Sierra Morena, que se pone en medio
 del dichoso lugar en que naciste.

Aquí se nos vuelve a afirmar que Lucinda era manchega. La única forma de conciliar estos datos con los de *Los esclavos libres* es suponer que, si bien había nacido en la Mancha, su patria era la Montaña.

Quedan todavía algunas observaciones menudas que hacer a esta primera parte de la obra de García Soriano. Pág. 13: "los romances moriscos de Lope, glosados e interpretados por un escritor del pueblo, originan un nuevo género, la *novela histórica*, a que dió forma el zapatero murciano Ginés Pérez de Hita". La novela histórica no nace con Pérez de Hita, sino un siglo y medio antes con Pedro de Corral. Los romances moriscos de Lope no generaron ni mucho menos las *Guerras civiles de Granada*. En la época en que Lope comienza a escribir romances de tema morisco, éstos sufren una transformación: dejan los romancistas de relatar asuntos novelescos y fabulosos (que son los que en parte utiliza Pérez de Hita) y versifican sus propias aventuras. En esta última clasificación caben los romances moriscos de Lope que nos relatan sus amores con Elena Osorio (cf. Menéndez Pidal, *Lope de Vega, El Arte Nuevo y la Nueva Biografía*, en *RFE*, 1935, xxii, pág. 340 y sig.)⁵.

En la segunda parte, García Soriano estudia quién pudo ser Avellaneda. Sigue desenvolviendo ideas presentadas en la primera parte. Lope, agraviado mortalmente por Cervantes —quien lo había encarnado en don Quijote, y a Micaela de Luján en Dulcinea⁶—, trata de vengarse. Procura, por todos los

⁵ El autor cree, pág. 91, que las lágrimas y llantos de don Quijote aluden malignamente a lo "llorón" que era Lope; olvida las lacrimosas novelas pastoriles, que deben de ser las que recuerda Cervantes. Algunas otras inexactitudes: afirmar (pág. 16) que aún se ignora si los romances proceden de la descomposición de los cantares de gesta o viceversa es hoy ligereza imperdonable; pág. 18, nota: no hay tal edición del siglo xvi del *Don Clarisel de las Flores* de don Jerónimo de Urrea, novela de caballerías que se mantuvo inédita hasta que en Sevilla, 1879, J. M. Asensio publicó, para la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, veinticinco capítulos de la primera parte; pág. 18: el poema *Angelica innamorata* de Vincenzo Brusantini no es el modelo del *Orlando furioso* sino su continuación; pág. 19: el elemento pastoril había penetrado en la novela caballeresca no sólo a través del *Amadís de Grecia*, Cuenca, 1530, sino también del *Florisel de Niquea*, Valladolid, 1532 (las dos primeras partes), y de la cuarta parte del mismo libro, Salamanca, 1551; cf. H. A. RENNERT, *The Spanish pastoral romances*, Philadelphia, 1912, pág. 11 y sig. Págs. 29 y 108: hay que recordar que quizá Lope no participó en la jornada de Inglaterra; cf. R. SCHEVILL, *Lope de Vega and the year 1588*, en *HR*, 1941, ix, págs. 65-78. Pág. 92, nota: es muy arriesgado suponer que la carta que don Quijote quiere enviar a Dulcinea (*Quijote*, I, cap. xxiii) sea alusión a la epístola de Lope "Serrana hermosa".

⁶ García Soriano, pág. 132, propone los siguientes cambios: Aldonza > Andolza > Doña Dulce > Dulcinea > Lucinda (!).

medios, dar con quien lo ayude en su venganza escribiendo una parodia del *Quijote*⁷. Primero, nos dice García Soriano, buscó al bueno de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, y luego al no menos inocente don Tomás Tamayo de Vargas. Finalmente recurrió a su íntimo amigo —afirmación también de García Soriano— don Alonso de Castillo Solórzano, a quien convence de que escriba el segundo *Quijote*.

En el capítulo VII, *Venganza de un agravio*, García Soriano fantasea un tanto acerca de las relaciones entre Lope y Castillo Solórzano. Si nos atenemos estrictamente a los hechos, vemos que, si bien Lope tributó algunos elogios al novelista vallisoletano, lo hizo en la misma forma en que alabó a tantos otros ingenios, y si Castillo tuvo gran admiración por el Fénix, este hecho no nos debe causar ninguna extrañeza. Para autorizar sus afirmaciones, García Soriano supone, capítulo VIII, un desconocido viaje de Castillo Solórzano a Zaragoza, adonde va a buscar editor para su *Quijote*, y donde le acaecen unas no menos supuestas aventuras. Resulta divertida la forma en que se nos narra (pág. 179) la edición del *Quijote* de Tarragona, con tantos pormenores inventados por el señor García Soriano.

Llevado por el calor de su tesis (D. Quijote = Lope) García Soriano da algunos traspies. Ante el hecho de que en el *Quijote* de Avellaneda el hidalgo manchego aparece desenamorado de Dulcinea, García Soriano acota (pág. 212): "téngase en cuenta que, cuando se escribió el segundo *Don Quijote*, Lope había roto ya sus relaciones amorosas con Camila Lucinda". Si esto es así, resulta claro que también Avellaneda encarnó a Lope en don Quijote, y no veo que ésta fuese muy buena manera de defender al dramaturgo si recordamos las aventuras que le acaecen al hidalgo en esta segunda parte.

Hay varios puntos importantes en el estudio de la personalidad de Avellaneda, que García Soriano no ha resuelto acertadamente. Primero: aragonésismo dialectal del segundo *Quijote*. García Soriano (capítulo XVI), un poco apresuradamente, lo niega. Gilman, en su reciente trabajo sobre el falso *Quijote*⁸, llega a muy distintas conclusiones. Segundo: la devoción por los dominicos. La rechaza García Soriano (pág. 265 y sig.); Gilman, con atinadas razones y varios ejemplos, la acepta.

Dos puntos comunes encuentra el autor entre Avellaneda y Castillo Solórzano, que seguramente no son otra cosa que semejanzas casuales. Primero, ambos escribían versos en fabla, (pág. 257). La fabla era un procedimiento literario que ya había caído en el abuso. Lope había escrito comedias íntegras en fabla (*Las famosas asturianas*); el procedimiento se había introducido en obras históricas, como la *Historia de las grandezas de la ciudad de Ávila*. Por el Padre Fray Luis Ariz, primera parte, Alcalá de Henares, 1607. El uso de la fabla en el Romancero estaba extendidísimo; cf. Menéndez Pelayo, *Tratado de los romances viejos*, pág. 369 y sig. Segundo: la afición común de Avellaneda y Castillo Solórzano a los enigmas (pág. 269). Éstos eran juegos cortezanos muy en boga en aquellos días, al igual que los motes⁹.

⁷ Con esto entramos plenamente en las conjeturas, de todas maneras un poco ilógicas. Si fuera tan grande la inquina de Lope —frenético de ira, según García Soriano, pág. 173— contra Cervantes y el *Quijote*, es más razonable suponer que él mismo pudiese manos a la obra para desfogar su cólera y no se anduviese buscando un amanuense, como en resumidas cuentas lo es Castillo Solórzano, a quien García Soriano atribuye el segundo *Quijote*. Si suponemos que el propio Lope escribió tal obra, caemos en la tesis de Ramón León Máinez (Lope = Avellaneda), a su tiempo criticada por los eruditos. Bien recuerdo el caso de la *Spongia* de Torres Rámila y la réplica hecha por los amigos del Fénix, pero aquí no se trataba de injurias personales —al menos no eran tantas como las que escribió Cervantes según García Soriano—, sino de un ataque a su forma de escribir comedias por parte de una escuela dramática contraria.

⁸ Alonso Fernández de Avellaneda. *A reconsideration and a bibliography*, en HR, XIV, 1946, págs. 304-321.

⁹ Sobre la popularidad de los enigmas da algunas noticias Amezúa, *Lope de Vega*

García Soriano sostiene (pág. 202) que la novelita de *Los felices amantes*, que intercala Avellaneda, fué tomada de la comedia *La buena guarda* de Lope. Más probable es que la tomara de la obra del dominico Juan Herolt, *Sermones discipuli de Tempore et de Sanctis*, como ya había dicho Menéndez Pelayo¹⁰, y lo atestigua el propio Avellaneda. La popularidad de Herolt fué grande en los siglos XVI y XVII.¹¹

Es de hacer notar en esta obra la inseguridad de su crítica. En algunas páginas el libro llega a la novela pura (pág. 153); en otros lugares —identificación de algunos personajes del *Persiles* (pág. 225), v. g. Bartolomé el Manchego, la peregrina de Talavera, Diego de Ratos— el método falta por completo.

En resumen: ninguna de las dos tesis propugnadas llegan a convencernos. El autor ha logrado, sin embargo, allegar algunos datos interesantes, que el estudioso de la vida de Castillo Solórzano deberá tomar en cuenta.

JUAN BAUTISTA AVALLE ARCE.

Buenos Aires.

GABRIEL DE CORRAL, *La Cintia de Aranjuez*, edición de Joaquín de Entrambasaguas, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto "Nicolás Antonio", Biblioteca de Antiguos Libros Hispánicos, serie A, volumen IV, Madrid, 1945, 409 págs. numeradas.

El Sr. Entrambasaguas repite aquí exactamente la única edición de esta novela, Madrid, 1629; conserva su ortografía, acentuación, puntuación, mayúsculas y separación de folios. No es precisamente el tipo de edición que facilita la lectura del texto. Toda la ayuda que nos ofrece es la descripción de la antigua edición utilizada.

En conjunto, la impresión del texto es esmerada. Se han deslizado algunas erratas que corrijo a continuación: pág. 112, lín. 12, léase *forastero*; pág. 129, lín. 9, léase *tuviera*; pág. 133, lín. 7, léase *pastor*; pág. 141, lín. 20, léase *aire*; pág. 142, lín. 13, léase *lealtad*; pág. 152, lín. 24, léase *monstruos*; pág. 162, lín. 9, léase *Rubión*; pág. 173, lín. 13, léase *pueden*; pág. 205, lín. 15, léase *arrastrarse*; pág. 221, lín. 10, léase *arrogantes*; pág. 226, lín. 24, léase *determinado*; pág. 249, lín. 12, léase *fuelle*; pág. 266, lín. 22, léase *Aluas*; pág. 276, lín. 3, léase *Sierra Morena*; pág. 283, lín. 9, léase *Mançanares*; pág. 306, lín. 20, léase *supuesto*; pág. 308, lín. 3, léase *nombre*.

JUAN BAUTISTA AVALLE ARCE.

Buenos Aires

en sus cartas, II, 75. Acerca de los motes, cf. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, *La "Filida" de Gálvez de Montalvo. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Señor D. . . .* Madrid, 1927, págs. 24-28. Algunas interesantes noticias sobre los motes no recogidas por Rodríguez Marín trae don Luis Zapata, *Miscelánea*, en *Memorial Histórico Español*, XI, págs. 123-134.

¹⁰ *Obras de Lope de Vega*, vol. V, pág. XIII.

¹¹ Cf. ARMANDO COTARELO Y VALLEDOR, *Una cantiga célebre del Rey Sabio*, Madrid, 1904, pág. 79 y sig.